

Coronar con sus mantos vuestros sueños  
 Vestir de luz las dulces esperanzas  
 Y besar con orgullo vuestras frentes  
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentis que se cierne jubiloso  
 En esta fiesta noble y consagrada?  
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria  
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,  
 Como él abrid para lo grande el alma  
 Y seréis en la tierra y en la historia  
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

## A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris feliz....

Si adversa suerte con el genio impía  
 Quieres empañar tu nombre esclarecido  
 Y tornas á tus libros y á tu olvido  
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía  
 A hablarte de esperanzas al oído  
 Y tornaré á venir como he venido  
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora  
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece  
 Tiembla y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece  
 Dale un recuerdo al que padece y llora  
 Con el preso que llora y que padece!

1885.

## General Ramón Corona.

A LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC-ENTEE, VIUDA  
DE CORONA.

Con la varonil bel eza  
De un joven soldado griego,  
Dulce y franco en el lenguaje  
Y en el carácter enérgico;  
Alzándose con las alas  
Del trabajo y del talento,  
Y sin tener más blasones  
Que su valor y sus méritos:  
Ramón Corona era un hombre  
De los que admiran los pueblos,  
Porque cruzan por la tierra  
Tan solo de tiempo en tiempo.  
Nació en honrada pobreza,  
Y desde su albor primero  
Con su personal trabajo  
Ganó renombre y sustento.  
Entró al campo de batalla  
Desde sus años más tiernos  
Y por sus costumbres puras,  
Por su carácter discreto,

Por su valor sin medida,  
Y su actividad sin término,  
El lugar más prominente,  
El más distinguido puesto,  
Lo conquistó con aplauso  
De contrarios y de adeptos.

Era al mirarle á caballo,  
Por lo arrogante y lo diestro,  
Rival del gaucho más ágil  
De cuantos las pampas vieron  
Y en las horas de peligro  
Era un adalid de hierro,  
Al que nunca rindió el brazo  
Ni la fatiga ni el sueño.  
Los franceses le temían  
De tal suerte, que pusieron  
Por una ley ominosa,  
Su noble cabeza á precio.  
Pero en *Villa Unión, Copala,*  
*Agua-zarca, Palos prietos,*  
*El Espinazo del Diablo,*  
*El Colorado, Siqueros,*  
*Veranos, Concordia, Válamo*  
Y otros gloriosos encuentros,  
Les probó con su bravura  
Y con su heroico denuedo  
Que cuando invaden la patria  
Los más altivos ejércitos,  
Bastan para defenderla  
Algunos hijos del pueblo  
Que por invencibles armas  
Llevan la fe y el derecho.  
En Jalisco y Sinaloa  
Están vivos los recuerdos  
Del joven héroe, que supo  
Con inmortales ejemplos,

Alcanzar en nuestra historia  
Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,  
Que en el sitio de Querétaro  
Fué Corona el más humilde  
A pesar de su alto puesto;  
Y cuando en el *Cimatario*  
A sus soldados vencieron,  
Y se quedó triste y solo  
En medio del campamento;  
Al ver que llegaba Rocba  
Con poderosos refuerzos,  
Sin fijarse en su alto rango,  
Se le presentó diciendo:  
"Se han dispersado mis fuerzas,  
"Estoy solo y aquí vengo  
"A batirme á vuestras órdenes,  
"Y aquí no mando, obedezco."

Después de que fué vencida  
La bandera del Imperio,  
Era Corona en Jalisco  
El brazo de su Gobierno.  
Alzose en la sierra de Alica  
Amenazante y siniestro,  
Manuel Lozada, llamado  
*El tigre*, porque sus hechos  
Criminales y espantosos  
Amedrentaban al pueblo.  
Lozada entre las abruptas  
Montañas que lo nutrieron  
Con sanguinarios instintos  
Desde sus años más tiernos,  
Era el feudal más salvaje  
Que registran nuestros tiempos.  
Dueño de vidas y haciendas

Absoluto en sus decretos  
Y rebelde y enemigo  
De la autoridad de México.  
Con diez mil indios armados  
Tuvo á Jalisco en acecho  
Y en setenta y tres, intenta,  
A principios de Febrero,  
Hacer de Guadalajara  
De sus venganzas el centro.  
Corona con dos mil hombres  
Veloz le sale al encuentro;  
Acampa en la Mojoneira  
A resistirlo resuelto,  
Y del reñido combate  
En los instantes supremos,  
Hallan que el parque está inútil  
Los soldados del Gobierno;  
Proyectiles y saquetes  
Estaban casi deshechos,  
Y siendo la artillería  
De salvarse el solo medio,  
Frente á las chusmas compactas  
Que ya no estaban muy lejos.  
Corona, sin arredrarse,  
Ordena á sus compañeros  
Que recojan velozmente  
Paños de sol y pañuelos  
Y que al pie de los cañones  
Fabriquen saquetes nuevos.  
Obedecidas sus órdenes  
Comienza el nutrido fuego,  
Derrotan al enemigo  
Que se dispersa en los cerros,  
Dejando en su rauda fuga  
Tupida alfombra de muertos  
Y queda Jalisco en salvo  
La paz torna á nuestro cielo,

Y el joven héroe conquista  
Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde  
Corona en el spano suelo,  
Representa como pocos  
El limpio nombre de México.  
En España se le admira  
Por su natural modesto,  
Por ser amigo sin tacha  
Y en el hogar un modelo,  
Y porque busca ocasiones  
Para estrechar los afectos  
De dos pueblos que rebosan  
En iguales sentimientos.  
Vive ausente catorce años  
Y al fin retorna, trayendo  
El afán honrado y noble,  
El santo y hermoso ensueño,  
De ser en su amada patria  
Un infatigable obrero,  
Al conservar la paz firme,  
Fuente de todo progreso.  
Cuando pensaba dar cima  
A cuanto forma su anhelo,  
Y al Estado de Jalisco  
Honraba con su Gobierno,  
La mano de un asesino,  
De un loco, á la virtud ciego,  
Le da la muerte, ignorando  
Su crimen infame y negro.

.....  
.....  
Dejad que envuelva mi lira  
Eterno crespón de duelo,  
Para llorar al patricio,  
Al ciudadano, al guerrero,

Etre tanto, habían dejado  
Los imperiales la plaza,  
El sol de Mayo vería  
Rayos de amor y esperanza  
Y al aire daban sus voces  
De entusiasmo las campanas  
Y ellas sobre toscas piedras  
En roja sangre empapadas,  
Antonio Reyes «El Torado»,  
El héroe de aquel a bazaña,  
Rígido, inerme, sin vida,  
En su semblante irradiaba  
La gloria, la inmensa gloria  
Del que muere por la patria.

.....

1891

## ¡Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

Abría por el oriente,  
 Entre tejales de plata  
 Y disipando las sombras,  
 Aparece la mañana;  
 Cuando el eco despidiendo  
 De la desierta montaña,  
 El estampido sonoro  
 De cañón difunde alarma.  
 Principiades los belgas  
 Que a Tacámbaro resguardan,  
 En las trincheras se agolpan  
 Y el combate se preparan.  
 Ya de una altura descienden  
 Las fuerzas republicanas  
 Y vibran de las cornetas  
 Las notas limpias y claras.  
 Se miran los batallones,  
 Que denso polvo levantan,  
 Marcando pausadamente  
 De las lomas por la falda.  
 La división es aquella  
 Que en la con tanta campaña

Del Ejército del Centro  
 Nicolás Régules manda.  
 En el acúense muchos  
 Jóvenes en cuyas almas  
 El patriotismo ha encendido  
 Su pura y ardiente llama,  
 Que al llevarlos al combate  
 Vencer ó morir les manda;  
 Los estimula y anima  
 Luis Robredo, y le acompaña  
 De valor y de fe lleno  
 José Vicente Villada.  
 Va á comenzar el combate,  
 De prisa el sol se levanta  
 Y los ayudantes cruzan  
 Entre columnas cerradas;  
 Se apresta la artillería  
 Y ocupan la retaguardia  
 Los escuadrones formados,  
 Y listos para la carga.  
 Ya los Jefes impacientes,  
 Sólo la señal aguardan  
 Para emprender atrevidos  
 El asalto de la plaza.  
 Ya Régules se dispone  
 A dar la voz esperada,  
 Cuando llega un hombre á escape  
 Corriendo desde la plaza.  
 El General á mirarle  
 Le tiende la mano franca  
 Y con gran fatiga el otro  
 Le dirige la palabra.  
 —Que no hagan fuego, le dice,  
 Que en la trinchera cercana,  
 En esa que se divisa  
 De la ciudad á la entrada,  
 Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,  
 A los que us'ed en el mundo  
 Más considera y más ama:  
 ¡Están su esposa y sus hijos!  
 Pues quiero, si usted atac',  
 Que reciban los primeros  
 La moatífera descarga.—  
 Régules queda en silencio;  
 Y luego con mucha calma,  
 A los artilleros gaites:  
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria! —  
 Al sonar su voz, retumba  
 El cañón y se levanta  
 La espantosa gritaría  
 De las columnas en marcha.  
 Pero un eco más terrible.  
 Régules siente en el alma,  
 Pensando donde la muerte  
 Llevado habrá la met'alla.  
 Sus ojos no se humedecen,  
 Ni su faz se torna pálida,  
 Y solo en el entreciejo  
 Sus pensamientos se marcan.  
 —Avancen, les grita, avancen,  
 Y, haciendo brillar su espada,  
 Entre densas nubes de humo  
 Impasible se adelanta.  
 ¡Con cuánto valor defienden  
 Las imperiales la plaza!  
 ¡Con cuánto arrojo combaten  
 Las huestes republicanas!....  
 Suyas las primeras líneas  
 Después de tenaz batalla,  
 Los asaltantes ocupan  
 Trincheras, calles y casas.  
 Reconcéntranse los belgas  
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia  
 Terrible y desesperada.  
 La gente va resbalando  
 De fresca sangre en las charcas,  
 Y hay tantos muertos, que oponen  
 Dificultad á la marcha.  
 Los soldados tropezando  
 Y cayendo se adelantan  
 Hasta cercar la parroquia  
 Entre una lluvia de balas.  
 Allí cubier' o de gloria,  
 Y de la patria en las aras,  
 El coronel Luis Robredo  
 El último aliento exhala.  
 Tras dos horas de combate  
 La tropa mira asombrada  
 Que la iglesia se corona  
 Con un penacho de llamas  
 Cantando el fuego, el humo denso  
 En anchas nubes se escapa  
 Y en remolino de chispas  
 Por las aberturas montañas;  
 Y se estremecen los muros,  
 Y las puertas se desgajan,  
 Y crujendo se desploman  
 Los techos sobre las masas.  
 Los imperiales se rindea,  
 Y de la heroica batalla  
 El éxito y el arrojo  
 Lleva en sus ecos la fama;  
 Y cuando ya la victoria  
 Añuncian alegres diadas,  
 Régules vuelve á sus hijos,  
 Vuelve á su esposa, y se pasma,  
 De ver como respetaron  
 Sus corazones las balas;  
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas prendas del alma,  
 Escucha como repite  
 En torno suyo la fama,  
 Grabándolas en la Historia,  
 Aque' las nobles palabras  
 Que mas que Guzmán el Bueno  
 Y mas que un hijo de Esparta,  
 Lanzó diciendo á sus tropas:  
 "¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"

## El canje de prisioneros

A la memoria del Inmaculado Caudilla  
 de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

### LOS DOS PADRES

#### I

En la ciudad opulenta  
 Que fué en los tiempos de an'año  
 Residencia de virreyes,  
 Orgullo de los vasallos  
 Y emporio de las riquezas  
 De este sue' o mexicano,  
 Donde aztecas y españoles  
 Levantaron sus palacios;  
 Una mañana de invierno,  
 Al ir feneciendo al año  
 Que contó sesenta y cinco  
 Del siglo que va espirando,  
 Conversaban tristemente  
 Haciendo corte á un anciano,  
 Un grupo de caballeros  
 Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura  
Elevada y rostro franco,  
Con bien marcadas señales  
De veterano soldado;  
Por sus rugosas mejillas,  
Sobre sus marchitos labios,  
Como dos sienes de plata  
Bajaba el bigote ceno.

De sus miradas el brillo  
Eclipsaban á su paso,  
Lágrimas mel recondidas  
Con seca y trémula mano,  
Que algunas veces mojaban  
Un pecho condecorado  
Con la cruz más envidiable  
Que registran nuestros fastos;  
La que tiene en el anverso  
Con aureas letras grabado:  
*Treinta contra cuatrocientos,*  
En medio de un verde lauro.  
Y al empaparla unos ojos  
Que han visto el sol setenta años,  
Prueban que dolor inmenso  
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan  
En su plática al anciano  
Están ceñudos y tristes,  
Y mudos y consternados.  
—Es una maldad sin nombre.  
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!  
¡Hijo querido!.... no puedo  
Resignarme....; fusilarlo  
Con tan bella esperanza;  
¡Tan bueno; ¡me quiso tanto!  
Cuántas veces pequeñito

## UN HEROE DE SINALOA

(22 de Diciembre de 1864)

• MI RESPETADO AMIGO EL GRAL. FRANCISCO CANEDO

¡Cómo engaña la apariencia!  
¡Cómo desmiente el aspecto!  
¡Cómo se engaña el que juzga  
El alma según el cuerpo!

El bravo Antonio Rosales  
Era de exterior modesto,  
De una estatura mediana,  
De ojos claros y serenos;  
Bigote negro y poblado,  
Obrucuro y lacio el cabello,  
Las cejas juntas y espesas,  
De hablar pausado y discreto.

Desde los tristes instantes  
En que Juárez dejó á México,  
Y junto con sus ministros  
Llevó á San Luis el Gobierno,  
Rosales fué á presentarse  
Con afán al Ministerio,

Y pidió lo incorporasen  
A los cuerpos del ejército  
Que á batir al enemigo  
Estuvieran ya dispuestos.

Como era un desconocido,  
Inspiró á todos recelo,  
Y al punto le preguntaron  
Su partido y sus proyectos.  
—“Mi partido”—respondióles,  
—“Lo ignoro, pues no lo tengo,”  
“Yo no defiendo personas  
“Sino á la patria y al pueblo;  
“Y mi proyecto se cifra  
“En lograr de mi Gobierno,  
“Que á batir á los franceses  
“A mí me mande el primero.”  
Como nadie hiciera caso  
A tan honrados deseos,  
Quiz's por otros asuntos  
De más ascendencia y peso,  
O también porque inspirase  
Aquel hombre algún recelo;  
Volvióse callado y triste  
A vivir á extraño puerto,  
Dejando para más tarde  
Mirar su afán satisfecho.

El sabio Ignacio Ramírez,  
Aquel filósofo egregio  
Que de Ca ón tuvo el alma  
Y la lira de Tirtéo.  
Cuando en Mazatlán anduvo  
Mil amarguras sufriendo,  
Cooció á Antonio Rosales,  
Profundizó sus anhelos  
Y orgulloso de tratarlo,  
Escribió á Guillerma P. ieto:  
—“Ya me encontré el hombre que me e

“Ser un héroe para el pueblo;  
“Aguila que busca espacio  
“Para remontar su vuelo;  
“Ya verás, llegado el día  
“Si digo verdad ó miento”

\*\*

Diez meses después de dichos  
Estos solemnes conceptos,  
Cuando en Culiacán esperan  
Al invasor extranjero,  
Rosales á sus soldados  
Los organiza en silencio  
Y se queda á pocas leguas  
Para encontrarlos dispuesto,  
En el alegre y tranquilo  
Pueblecillo de “San Pedro.  
Cerca de trescientos hombres  
Con escasos elementos,  
Resisten el rudo empuje  
Del invasor altanero,  
Que con fuerzas imperiales  
A'aca con gran denuedo.

Rosales, con una audacia  
Propia de tales momentos  
Después de emboscar dos piezas  
Y reservar en el centro  
Cien hombres, se lanza osado  
Al enemigo embistiendo  
Con una pequeña escolta  
Que combate cuerpo á cuerpo.

Los invasores lo envuelven  
Y juzgan el triunfo cierto,  
A punto que por los flancos  
Los hiere el compacto fuego  
De los infantes, que estaban

Emboscados en el pueb'o.

Pocas horas de combate

Dan á Rosales el éxito;

El enemigo le deja

Cerca de cien prisioneros

Con Gazielle, el comandante,

Y ocho oficiales apuestos.

Sobre el campo se miraban

Los heridos y los muertos,

Banderas, parque, medallas

Y cañones y trofeos.

Un argelino acercóse

A Rosales, todo trémulo,

Y quiso besar su mano,

Pero el jefe sonriendo

Le contestó - "No acostumbran

Los hombres besarse en México."

Un jefe de tiradores

Llorando, de rabia ciego,

Se niega á entregar su espada

Que se la pide un sargento,

Pero Rosales le dice:

"Dáda, sós mi prisionero"

Y entonces, Gazielle, la suya

Dar quiere al bravo guerrero

Quien le dice - "Vos sós digno

De conservarla en su puesto."

No hay palabras que describan

La nobleza y el respeto

Que usó Rosales con todos

Sus vencidos prisioneros.

Ningún acto de violencia,

Ningún rencor, ningún hecho

Que revelase venganza

Envidia, crueldad ó celo.

Rosales se mostró grande,

Justo, generoso y bueno

Y dió gloria al libre Estado

Que adora su nombre e: celso

Eternizando en la historia

La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

FUEGO SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES - 20 DE FEBRERO DE 1893

A ROSALES

## ¡FUEGO, SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES.—20 DE FEBRERO DE 1865.

A EDUARDO RUIZ

Carlos Salazar, el héroe  
 Por nuestra patria llorado,  
 El mártir que tanta gloria  
 Dió á su causa en el cadalso;  
 Con mil cuatrocientos hombres  
 Obedientes á su mando,  
 Va de Urnápan á Jalisco,  
 Pues en el Sur de ese Estado  
 Están las tropas que intentan  
 Dar á Colima un asalto.

\*\*

Después de largas fatigas,  
 Ya Teocuitatlán mirando,  
 Se detiene y manda al pueblo  
 Un correo extraordinario,  
 Pidiéndole á Guadarrama  
 Que auxiliara á sus soldados

No le den respuesta alguna;  
 Y á te tan gran desengaño  
 Entra al pueblo con su tropa  
 Y se encuentra de contrarios  
 A Guadarrama y los suyos,  
 Que dan aviso en el acto  
 A la guarnición francesa,  
 Pues ya tienen de aliados  
 En Zapotlán y Sayula  
 A imperialisas y zuavos.  
 En vista de tal suceso,  
 El jefe reubicano  
 Contramarcha sin fijarse  
 En los terribles trabajos  
 Que les esperan á todos  
 Sus valerosos soldados.

\*\*\*

Sobre las rugosas crestas  
 De las abruptas montañas  
 Que la neblina corona  
 En la región azulada;  
 Salvando los ventisqueros  
 Y las profundas barrancas,  
 Y por los negros abismos  
 Cruzando como las águilas,  
 Encendiendo por las noches  
 Ocotes, para la muchacha,  
 Durmiendo sobre las rocas,  
 Marchando sobre las zarzas,  
 Comiendo secas raíces  
 Si el fruto silvestre falta;  
 Con rostros ennegrecidos  
 Por el sol que los abrasa,  
 Y señalando su paso  
 Con la sangre de sus plantas  
 Van caminando las tropas.

Que el bravo Salazar manda,  
Hasta llegar á una Villa  
Que "de los Reyes" se llama,  
Donde tras tanto martirio  
Pobres y enfermos descensan.

\*\*\*\*

Apenas la nueva aurora  
Su limpio fulgor derrama,  
Los soldados liberales  
Salen á buscar con ansia  
Las frescas ondas del río  
Que cruza aquella comarca:

Carlos Salazar, en tanto  
Por la margen de esmeralda  
En su caballo "El Recuerdo"  
Vigilando á todos vaga.

De súbito los soldados  
Oyen tocar *general*;  
Se asombran, pues los cornetas  
También están en el agua,  
Y todos, á un solo impulso,  
Desnudos á tierra saltan.

Ven á su jefe que ha dado  
Él mismo el toque de alarma,  
Al divisar la columna  
Aprox mándose rápida  
De imperiales y franceses  
Que por "San Gabriel" avanza,  
Y que ya de sus carines  
Se escucha el toque de carga.

\*\*\*\*

Un bosque de platanés  
Es el muro que separa  
A patriotas é invasores

Que ven á medir sus armas,  
Sorpréndense los franceses  
Cuando al fiar sus miradas,  
Encuentran que están desnudos  
Los que les cortan la marcha.

Trábase el combate fiero,  
Comienza al fin la batalla,  
Y en medio de tanto estruendo  
Con majestad se destaca  
De Salazar, la sonora  
Imponente voz que manda  
Al oficial de artilleros

Con sus sabidas palabras:  
"Fuego, Señor; fuego, fuego;"  
Ve la pieza abandonada  
Y llega el mismo y rabioso  
Con sus manos la dispara,  
Al oír el estampido  
Los soldados se entusiasman,  
Y al enemigo arremeten  
Con bayoneta calada.

Difunden así el espanto  
Rompen las líneas compactas,  
Seembran el campo de muertos,  
Y el triunfo completo alcanzan  
Queda entre los prisioneros  
Banderbac, que allí mandaba  
A los zúavos, y á quien dejan  
Libre, bajo su palabra  
De nunca, en lo de adelante  
Volver á entrar en campaña  
También el segundo en jefe  
De la legión mexicana,  
Que en defensa del Imperio  
Tomó parte en la batalla,  
Quedó como prisionero  
Y sus tropas dispersadas

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100  
101  
102  
103  
104  
105  
106  
107  
108  
109  
110  
111  
112  
113  
114  
115  
116  
117  
118  
119  
120  
121  
122  
123  
124  
125  
126  
127  
128  
129  
130  
131  
132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152

Lo abandonaron, dejando  
 Muchos muertos en la marcha.

\*\*\*\*\*

En acción tan memorable,  
 Salazar sólo contaba  
 Con unos seiscientos hombres  
 Sin recursos y sin armas;  
 Excediéndole en el número,  
 Y en favorables ventajas  
 Los agueridos contrarios  
 Que de sorpresa le atacan.

Conseguida la victoria,  
 Salazar á nadie mata;  
 Y cuando llega el momento  
 De emprender violenta marcha,  
 Deja á aque los prisioneros  
 Sin más juez que su palabra,  
 Que más tarde desconocer,  
 Y con De Potier se lanzan  
 Con Bandarbáe persiguiendo  
 Al que la vida les salva.

\*\*\*\*\*

Al héroe invicto y modesto  
 Que con desnudos luchaba,  
 "Fuego, Señor," repitiendo  
 En medio de la batalla  
 Y que perdonó clemente  
 A coantos tuvo á sus plantas,  
 Algunos meses más tarde  
 De aquella heróica jornada,  
 Cayó entré los enemigos  
 Prisionero y en desgracia,  
 Y ea pego de su nobleza  
 Lo fusilan en Uruápan,

Para mengua de la historia,  
 Para baldón de sus armas  
 Y para enlutar ¡infames!  
 La bandera de la patria.

Marzo de 1893.

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100  
101  
102  
103  
104  
105  
106  
107  
108  
109  
110  
111  
112  
113  
114  
115  
116  
117  
118  
119  
120  
121  
122  
123  
124  
125  
126  
127  
128  
129  
130  
131  
132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152

Para contar de la historia  
 Para daban de sus armas  
 Y para enlutar haldas  
 La bandera de la patria

Marzo de 1893

AL MAESTRO

## IGNACIO M. ALTAMIRANO.

En la velada que le consagró  
 la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA  
 el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí  
 Al mirar que un hombre llora,  
 Bien puede hacer desde ahora  
 Sangrien'a irrisión de mí.  
 Maestro, pensando en tí,  
 ¿Qué puede expresar mi canto?  
 Cuando el alma duele tanto,  
 La pena á los ojos sube,  
 Busca espacio, forma nube,  
 Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía  
 Ni apocamiento y temor,  
 Es que retoña el dolor  
 Profundo del alma mía.  
 ¡Oh existencia! ¡oh breve día!  
 ¿Quién de tí se ha de engrair?

Son el nacer y el morir  
 Limp' o oriente, negro ocaso,  
 Distantes tan sólo un paso  
 Que á nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad  
 Una choza sin fortuna;  
 Allí velaron tu cuna  
 El olvido y la humildad.  
 Del monte la soledad  
 Esconde aún tu cabaña....  
 ¿A quién tu origen extraña,  
 Si es natural condición  
 Que el águila y el león  
 Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo  
 Bañado en llan'o sa'obre;  
 Amaste al desnudo, al pobre,  
 Por nacer pob'e y desnudo.  
 En tí mismo h'l'aste escudo  
 Del mundo ante la amenaza,  
 Surges, te elevas y traza  
 Tu vuelo, con luz de Glorie,  
 Sobre el cielo de la Historia  
 La vía láctea de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta,  
 En las rostras orador,  
 En la arena gladiador,  
 En el Parnaso poe'a.  
 Fué tu elocuencia saeta,  
 Ariete, escudo y muralla;  
 Tu Genio todo avasalla  
 Y es lema de tu virtud:

I  
 1  
 8  
 9  
 3  
 9  
 23  
 29  
 43  
 46  
 52  
 55  
 58  
 64  
 68  
 73  
 79  
 86  
 92  
 98  
 109  
 120  
 132  
 136  
 141  
 152

"Donde está la Juventud  
Es'á el Campo de batalla."

Luchaste tanto por ella  
Que no se ha entristecida  
Si al apagarse tu vida  
Se habrá apagado su estrella.  
En vano busca tu huella  
Sobre el mar que el viento riza;  
Te invoca, te diviniza,  
Con amor filial y santo  
Y quiere regar con llanto  
Tu veneranda ceniza.

¡Oh Maestro! ¡qué sombría  
Y qué intensa es su amargura!  
Eras su gloria más pura,  
Su bienhechor y su guía.  
De tus labios recibía  
El consejo limpio y sano  
Que al soltaría de tu mano  
Y dar libre el paso rudo,  
Lleva por arma y escudo  
En este combate humano.

Halló en tí, lealtad, nobleza,  
Ciencia, honradez, heroísmo,  
Abnegación, patriotismo,  
Desinterés y grandeza.  
Yergue altiva tu cabeza  
En la negra eternidad;  
Tú llevas la claridad  
Que las tinieblas colora:  
¡Hijo de la eterna aurora!  
Entra en la inmortalidad.

Hombres cual tú no perezcan  
Ni el olvido los arrasa,  
En cada instante que pasa  
Más deslumbran y más crecen.  
Tus obras nos envanecen;  
Veneramos tu memoria;  
Y al verte entrar en la Historia  
Honrando tu patrio suelo  
Están rep'cando á vuelo  
En el templo de la Gloria.

Ya venció quien luchó tanto  
Pero en él los ojos fijos  
Inconsolables sus hijos  
Visten luto y vierten llanto.  
Es un lamento, no un canto  
Lo que expresa su aficción;  
Su paterna! bendición  
Imploran puestas de hinojos,  
Que e-tá "lejos de los ojos  
Y cerca del corazón."

1  
1  
8  
9  
3  
9  
23  
29  
43  
46  
52  
55  
58  
64  
68  
73  
79  
86  
92  
98  
109  
120  
132  
136  
141  
152